



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NARCISO OLLER



Oller es un escritor
á quien la gloria acompaña,
porque su pluma dá honor
á Cataluña y á España.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cuento fabuloso, por José Estremera.—En Villa-Metal, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clara.—Cosas de tipos, por Fiacro Yrizaroz.—Subasta de un cesante, por Enrique Labarta Post.—Gangas posibles, por Manuel Matosca.—Aprended, señores..., por Sinesio Delgado.—Chismos y mentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Narciso Oller.—Cambio de objetivo, por Cilla.



Con permiso de Romero Robledo, moralista antequerano, consignaremos aquí que no nos es simpática la duquesa de Castro-Enríquez, sin que esto quiera decir que estemos de acuerdo con los que piden su exterminio y entran en el café gritando:

—¡Mozo!

—¿Qué va á ser?

—La cabeza de la duquesa de Castro-Enríquez.

Tan censurable nos parece la conducta del exministro conservador cuando se desata en improperios contra la prensa, como la actitud de algunos sujetos que no descansan hasta ver á la aristocrática señora asada á la parrilla.

Cuanto á la niña Juliana, creemos que resultaría mucho más digna de compasión si la exhibiesen menos sus protectores y prescindiera de la locuacidad que le es propia.

Los periódicos nos han referido las agudezas de la niña y sus naturales inclinaciones á la pintura, y al rezo. Es posible que leamos un día de éstos la siguiente noticia:

«La desgraciada niña ha hecho un nuevo dibujo representando á la duquesa con un cuchillo en una mano y una servilleta en la otra, y debajo, con letra clarísima, ha escrito lo siguiente: *La duquesa de Castro-Enríquez desollando á Juliana San Sebastián para ponerla en adobo.*»

Bien está la duquesa en la cárcel si, como dicen y parece resultar de lo actuado, ha inferido graves lesiones á una inocente criatura; pero de eso á suponer que se desayuna todas las mañanas con un niño de seis meses, guisado, hay una gran distancia.

La fantasía popular ha llegado á creer que se oyen gritos lastimeros en el palacio de la duquesa.

—¿Cómo puede ser eso?—preguntamos.—No está en la cárcel la terrible señora?

—Sí que lo está—nos contestaron;—pero puede que haya dejado alguna persona encargada de reunir criaturas hasta que ella vuelva.

—¿Para qué?

—Para poder martirizarlas con toda comodidad cuando salga de la cárcel.

De suerte que hay quien supone que la duquesa tiene en su casa un surtido de niños de ambos sexos, y que cuando no tiene que hacer, se distrae dándoles martillazos en las articulaciones.

—Ven aquí, Antoñita, que te voy á pegar con el martillo... ¡Pum, pum, pum!... Ahora tráeme los zorros.

—¿Para qué?

—Para darte con el mango en la cabeza.

Cuando se ha cansado de pegar descansa un ratito, y después se va á la iglesia á ver cómo sigue la religión de nuestros mayores, y á socorrer con mano benéfica á los curas desvalidos.

Buena es la indignación popular y el apoyo de la prensa para descubrir los delitos y el celo de las autoridades, pero no conviene extremar las cosas. Aquí donde hay maridos que perniquebran á sus dulces esposas, y suegras irascibles que muerden á sus yernos, no debería llamar nuestra atención la conducta de la duquesa.

Ya se sabe que la bofetada es una manifestación genuina-

mente española, y nunca falta quien pegue por pura distracción. Respetemos, pues, las inclinaciones de la duquesa, como yo respeto las de un profesor de primera enseñanza, vecino mío, que se pasa la vida repartiendo tormentos entre sus educandos.

Coge á uno y le da dos bofetadas; coge á otro y le mete la cabeza en un cajón; coge á otro y le introduce el dedo gordo por un oído. Los lamentos de las víctimas llegan hasta la calle, y algún transeunte filantrópico pregunta al portero:

—¿Qué pasa? ¿Quién se queja?

—Son los discípulos de D. Eulogio—responde el de la portería.

—¿Pobrecillos!

—Ya están acostumbrados.

—¿Por qué no dan parte á la autoridad?

—¿Para qué? Ellos mismos conocen que les hace falta el castigo, porque si no, no aprenden. Ayer D. Eulogio le arrancó una oreja á un chico de nueve años, y él la cogió y se la guardó en el bolsillo sin decir una palabra.

Este portero tiene muchos imitadores, es decir, hay una porción de gente que oye lamentos y se queda tan tranquila; y menos mal si no dice como Romero Robledo:

«Nadie debe intervenir en la vida privada ni sacar á luz nombres respetables. Hay un procurador que martiriza á su escribiente raspándole la nariz con una navaja y arrancándole con unas pinzas los pelillos del cogote. Pues allá ellos. ¿Quién es la prensa para publicar estos detalles íntimos? ¿De qué se trata? Se trata simplemente de llevar á la cárcel á un procurador carifoso, declarándole incapacitado para seguir ejerciendo su profesión. ¿Quién sabe lo que podrá haber aquí! Quizá la prensa esté vendida... Abominemos de la prensa, sin perjuicio de utilizarla para nuestros fines, cuando sea necesario...»

¿No he dicho á ustedes todavía que el libro de Ángel Muro, *Ocho días en Tánger*, merece ser conocido por su amenidad y por las provechosas noticias que contiene? ¿No? Pues conste que he debido recomendárselo á ustedes antes de ahora.

Dulce y sabrosa se titula la última novela de Picón, digna, asimismo, de los mayores elogios. Este distinguido literato se ha hecho acreedor por su nueva obra á la alta estimación que sinceramente le tributamos.

LUIS TABOADA.

CUENTO FABULOSO

Júpiter y Plutón, según he visto en códices de tiempos muy remotos, quisieron repartirse el Universo y gobernar así cada uno solo. Decidieron el caso unas bolitas previamente metidas en un bombo, y decretó la suerte que tocara el Averno á Plutón y el Cielo al otro. Júpiter, retorciéndose el mostacho, dijo:—Con lo pactado me conformo, y á las siete Virtudes dejar quiero á mi servicio en el terrestre globo; ellas me mandarán todos los días gentes que formen mi celeste coro.

—Los siete Vicios con el mismo objeto—dijo Plutón—á mi servicio tomo. El asunto se arregla lindamente, pues los dos lograremos de ese modo tener iguales sacras en la tierra que por igual trabajen por nosotros. Mas yo dejo también un catequista que es capaz de ganarse por sí solo almas para mi Tártaro, pues creo que es vicio por el cual se adquieren todos.

—¿Y cuál es—dijo Júpiter—el nombre de tan fiel servidor?

—El Amor propio.

—Pues ¡si á ese yo le tengo á mi servicio! Sólo por él, muchísimos devotos han llegado á tener grandes virtudes y hasta á sufrir martirios horribosos.

Discutieron sobre esto ambas deidades, y hubo ternos y tacos muy redondos.

—¡Le quiero para mí!

—¿Yo me lo llevo!

—¡Pues yo no he de cederlo!

—¿Yo tampoco!

Oyendo el Amor propio la disputa, sonrió satisfecho y orgulloso.

exclamando:— ¡Maya paz, señores míos,
que voy á resolver este negocio.
Váyase á sus dominios descuidados,
que yo de ambos á dos soy muy devoto,
y en la tierra, á medida de mis fuerzas,
he de servir al uno igual que al otro.

JOSÉ ESTRÉMERA.

EN VILLA MORAL

Soy amigo verdadero
del brigadier Zaramora,
y Mercedes Hormiguero
(su lindísima señora)
me dijo un día en el Real,
con marcado retintín:
—Vaya usted á Villa-Moral
y verá usted mi jardín.
Los que allí veraneamos
en mi casa nos reunimos,
y hay que ver lo que gozamos
y lo que nos divertimos!
¿Ir á un puerto? ¿Qué tentana!
Yo no voy más que á mi soto,
pues no noto en parte alguna
la frescura que allí noto.
—Pues esté usted bien segura
(la dije yo) de que irá
á gozar de la frescura
de la posesión de usted.

En efecto, un día fui.
¿Si me aburrí? No, señor.
¿Que por qué? Porque hubo allí
sorpresas al por mayor.
Allí sorprendí á Garcés,
el marido de Teresa,
cogiéndola la mano á Inés
por detrás de una marquesa,
en tanto que en un rincón
estaba la hija de un conde
pisando por distracción
al consúl de no sé dónde.
Y al ir inocentemente
á beber un poco de agua,
sorprendí junto á la fuente
al vizconde de la Fragua
dándole un abrazo á Rita,
mientras á diez pasos de ellos
se besaban Lola Pita
y el teniente Paracuellos.
En el jardín era, en fin,
muy triste papel el mío,

pues no había en el jardín
quien no tuviese algún lío.
De allí me quise escapar;
pero hallé en un cenador
á una tal Pilar Aznar,
que es doncella de labor,
y al ir, sin saber qué hacer,
á decirle filicólicas,
se interpuso el brigadier,
que me dijo sin rodeos:
—Basta de conversación,
porque yo quiero á Pilar,
y le rompo el esternón
si la vuelve usted á mirar.

Pedí al hombre, sin demora,
perdón por aquella plancha;
mas dije: «Con tu señora
me tomaré la revancha.»
Cerca de allí la encontré,
bella como un serafín,
y á insinuarme comencé;
peco en medio del jardín
se me acercó el jardinero,
y aunque el pobre es algo cojo,
me dió un golpe tan certero
que me descompuó un ojo.

¿Que por qué fué la trompada
del jardinero crael?
Pues porque estaba enredada
la brigadiera con él.
En fin, harto por demás,
sentí tal indignación,
que juré no volver más
á tan linda posesión.

—¿Ve usted (me dijo su amable
dueña, apoyándose en mí)
qué confort tan agradable
y qué frescura hay aquí?
Y yo la dije:—Es la pura
verdad, amiga Mercedes.
¿No he visto mayor frescura
que la de todos ustedes! »

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Amigo Corzuelo: Ya, ya había leído yo lo que dice de mí el
inspirado reformista literario D. Lorenzo d'Ayot. Es un ingrato.
He contribuido en la medida de mis fuerzas á hacerle inmortal,
y él me corresponde con una especie de proscripción ¡que ni las
de Sila!

El Sr. D'Ayot quiere, sobre poco más ó menos como D.^a Pa-
trocinio, que patrocinemos la idea de salvar el arte por medios
coercitivos, á viva fuerza; y así como á la Sra. de Biedma se le
ocurre encargar á la Sociedad de escritores y artistas la fumi-
gación de la novela nacional, D. Lorenzo quiere restaurar el
teatro por medio de un Jurado. (Que supongo no será Jurado de
la Parra, porque ese es lírico.)

Eso es; lo que no salva un Jurado no lo salva nada; y si hemos
de tener Calderones y Schillers ha de ser así, nombrando una
comisión de nuestro seno que se constituya en Jurado. Todo
está en que se empeñe la opinión, irresistible cuando se pronun-
cia, como dice el programa del ilustrado colega *El Día*.

Pero aquí entra lo bueno. El Sr. D'Ayot quiere que forme parte
de ese Jurado *total* un crítico... que no sea Cañete ni Clarín.

En lo de que no sea Cañete estoy absolutamente conforme.
Pero en lo de ser ó no ser Clarín, distingo. Sr. D'Ayot, los
miembros de ese Jurado ¿van á cobrar dietas? ¿Van á tener pin-
gues sueldos como los que cobra Pidal en los Consejos de fe-
rrocarriles?

En tal caso defenderé mi derecho á ser tan jurado como el pri-
mero, y demostraré que soy un gerifalte en eso de jurar y cuanto
haga falta para cobrar los emolumentos que por clasificación me
correspondan.

Ahora, si el cargo de jurado no es cargo, que es carga, si es
gratuito, desde luego declaro que habla como un libro el señor
D'Ayot, y que yo no he venido á este mundo para ser del Jura-
do ese. Es muy otra mi misión. Pero de todas suertes, amigo
Corzuelo, no sé por qué me tiene ojeriza D. Lorenzo. Le debía
muchos ratos de honesto solaz, y se los he pagado hasta aquí
dando publicidad á sus lucubraciones.

Es necesario que no se acabe la raza de los Estradas pistonu-
dos, y el Sr. D'Ayot es un sucedáneo del inventor del pentacrós-
tico muy digno de estímulo y consideración.

Muchos Fabiés y muchos D'Ayotes es lo que necesita España
para no morir de tedio con tanta niña martirizada y tanto
Pepe el Huevero y tanto... tente, lengua.

Labra la piedra la gota, no por la fuerza, sino cayendo mu-
chas veces; y usted y yo y otros debemos proponernos labrarle
una reputación al graciosísimo reformador original (como que
su dinero le cuesta) y en prosa, D. Lorenzo d'Ayot, melusino
él. De vez en cuando removamos sus cenizas, como quien dice.

Entre los versos descriptivos de Velarde y las reformas ro-
mánticas y disparatadas de D. Lorenzo, prefiero las reformas,
que son mucho más divertidas.

Ya ve usted, Corzuelo, si sé perdonar.

Perdono al Sr. D'Ayot.

Pero me temo que Dios no haga lo mismo.

Ni Dios, ni Cañete.

Valbena ha publicado sus *Ripios vulgares* y Eduardo Palacio
sus *Cuadros vivos*.

A uno y á otro les agradezco el regalo de los sendos ejempla-
res, como decimos los clásicos, que me envían.

Encontrarse con un escritor que no tenga pelo de tonto no es
para todos los días, y hoy me encuentro con dos nada menos.

Palacio es superior á sus artículos, con mucho; no porque és-
tos no tengan mérito, sino porque están escritos á vuela pluma,
tres ó cuatro á la vez estaba por decir, y el autor mismo los
tiene en poco. Y Eduardo Palacio es capaz de cosa mucho más
sólida, pues su ingenio es vivísimo, sus *ocurrencias* originales y
chistosas, su observación aguda y exacta. Es un satírico y un
escritor de *costumbres* que no se ha echado á perder por echarse
á ganar, pero que ganaría mucho no ganando tanto. Esto no es
decir que disminuya los productos para mejorarlos. Mientras
tenga tantas *salidas*, ¿quién tiene valor para decirle que sea
menos fecundo... y que prescinda del almuerzo ó de la cena?

Un escritor en España, para cubrir gastos, necesita ser un
Lope, aunque sea en prosa, por lo que toca á la abundancia.

Palacio nos declara que habrá escrito ya al pie de catorce mil
artículos.

En cada artículo de *Sentimientos* hay, por lo menos, un chis-
te, una idea, una originalidad graciosa... Un hombre que, por lo
menos, ha escrito catorce mil chistes, vale por catorce mil Cos-
gayones, y veintiocho mil Fabiés, y cincuenta y seis mil Cata-
linas.

De los *Ripios vulgares* hablaré otro día.

CLARÍN.

COSAS DE TIPLES

I
—(Diga usted... don Falanito,
¿conque mañana á las cuatro
lee usted en este teatro
un sainete muy bonito?...
—¡Bonito precisamente!...
—Sí, señor; de los mejores.
Eso dicen los actores,
y esa es gente inteligente.

—¿Conque es obra de dinero?
¿Cuándo hace usted el reparto?
Ande usted, venga á mi cuarto,
que allí hay papel y tintero.
—Va no hace falta.

—¿Qué escuchó?
—No. Si ayer se repartió...
—¿V trabajo yo en él?

—¡No!
—¿Caramba! ¿Lo siento mucho?
—No tiene tiple?

—Sí tal.
—¿Y á quién le ha dado el papel?
—Pues... á Isabel.

—¿Á Isabel?
¡Hijo, si canta tan mal!

—Pues la empresa se interesa
por la chica, que es graciosa,
y ya ve usted que no es cosa
de desairar á la empresa.

—¿Pero, hombre, estando yo aquí
de primera... ¿Qué cinismo!
¡Hijo, me extraña muchísimo
que no se acuerde de mí!

—No es que la vaya á olvidar.
Lo hago yo por su interés,
porque tanta usted en *foy*
y quería usted descansar.

—¿Descansar?... ¿No le creíste?
Yo canto aunque sea un *trío*,
y además en su sainete,
que dicen que es tan bonito.

—¿Conque me da usted el papel?
Yo sé que me ha de hacer.

—¡Pero, hija, qué va á decir
en ese caso Isabel!...

—Pues que diga lo que quiera.
¿Si eso no es tiple ni es nada!
En fin, esta temporada
se porta de tal manera
que... vamos, nos comprometemos
cuando sale al escenario.

—¿Crea usted que es necesario
que estrene yo su sainete!
Yo se lo defenderé,
se lo haré á usted *con autor*...
y llamará al actor
y le sacaré yo á usted.

(Y el autor, que está muy harlo,
dice con cura risueña):

—¡Vaya, si tanto se empeña,
cambiaremos el reparto!

—¿Y hará el papel?

—¡Buena, bueno!
Será usted la que lo estrene;
basta el interés que tiene
de lucirse con mi estreno.

II

—¿Venga usted acá, Falanito!

—¿Qué hay?

—¿Que sea enhorabuena!

—¿Siete llamadas á escena!

—¿Vaya un éxito bonito!

—¿Estará usted muy contenta?

—¿Con semejante éxito?...

—¿Pícarón! ¿Venga un abrazo!

—¿Tiene usted mucho talento?

—¿Y apropiados! ¿Quisiera

pedirle solo un favor...

—¿Al amigo... no al actor...

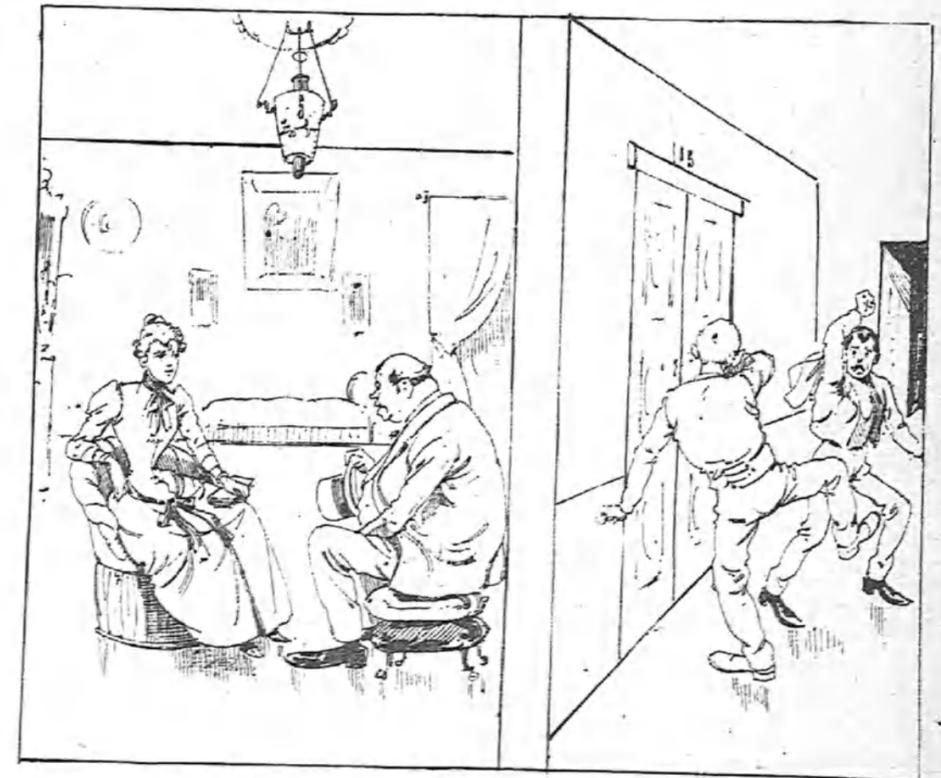
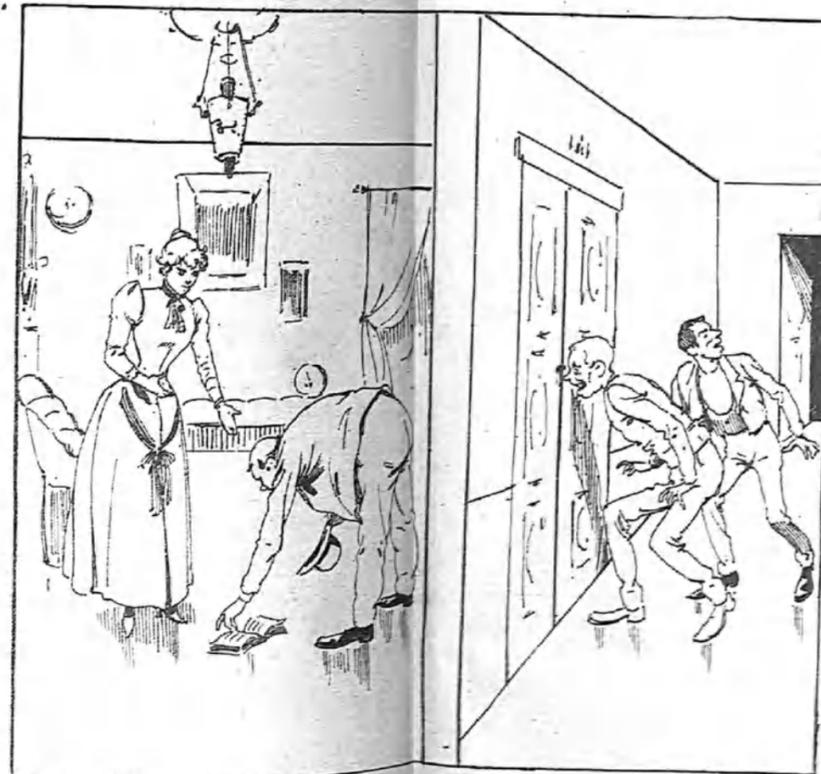
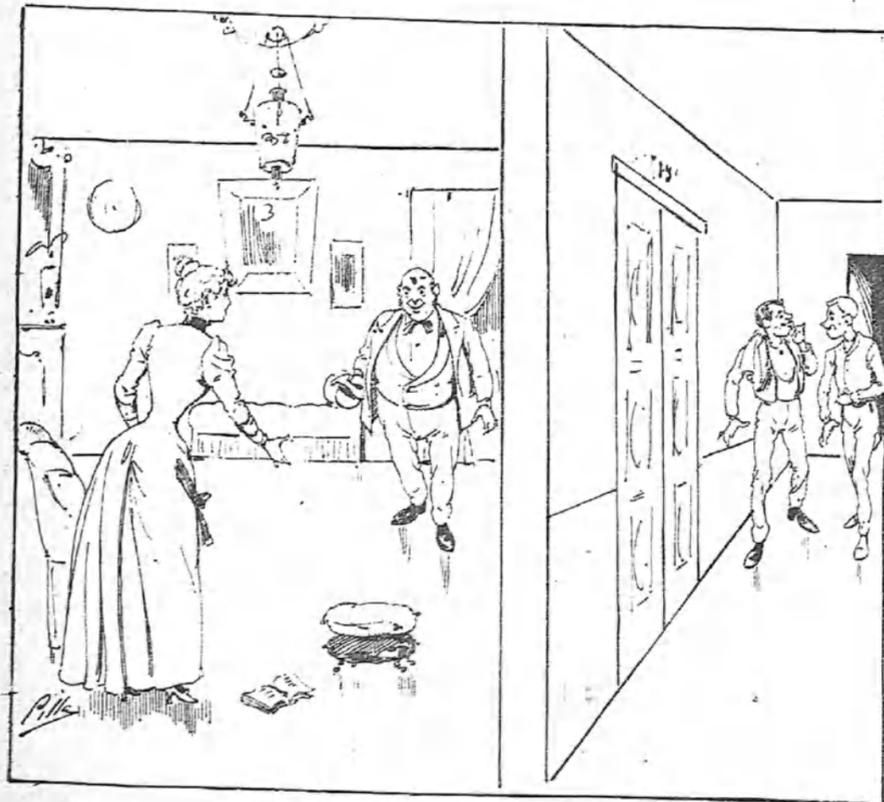
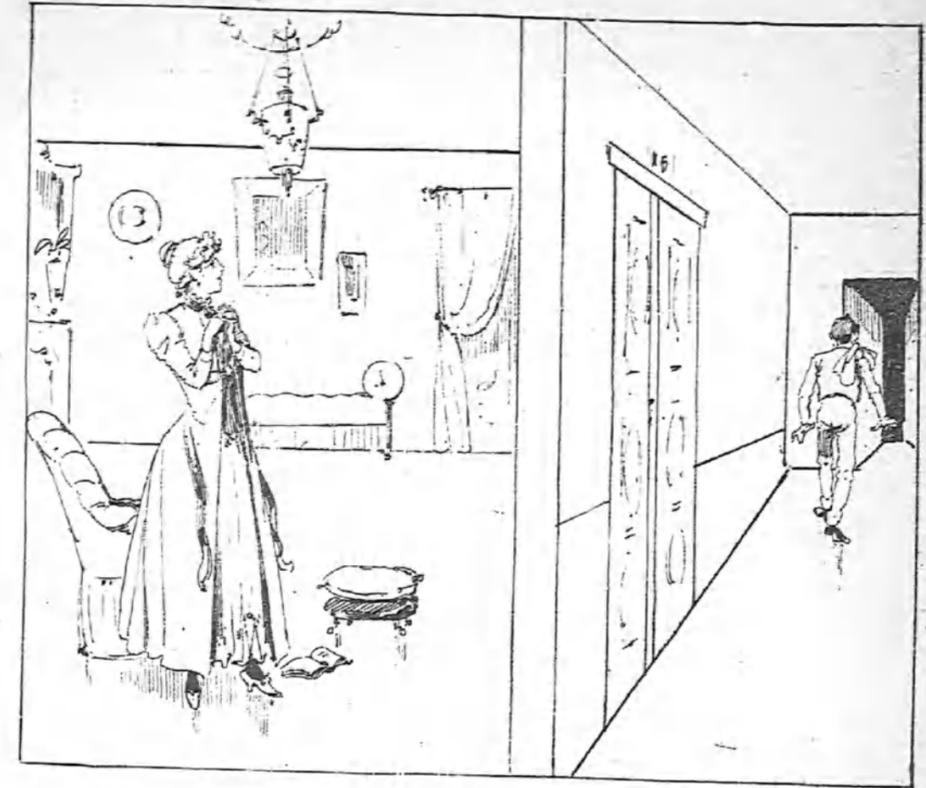
—¿Pídele usted lo que usted quiera!

—¿Y no me lo va á negar?

—¿Natural

—¿Qué bueno es usted!

CAMBIO DE OBJETIVO



De cómo se demuestra palpablemente que está muy mal hecho mirar por los agujeros de las cerraduras.

Pues es el caso que...

— ¡Que quisiera descansar!

Como yo soy la que canta
sola las cuatro funciones,
me destruyo los pulmones
y me daño la garganta.

— ¡Lo que pido es natural!

— ¡Y quién va a hacer su papel?

— Pues... Isabel.

— ¡Hija, si canta tan mal!

— ¡Que canta mal! ¡Hambre, na!

— ¡Si hace con la voz primores!

¡Casi a todos los autores
les resalta más que yo!

Déselo, que en adelante

saldrá mejor, lo repito...

— ¡Y gracias... don Falanito.

— ¡Vaya usted con Dios!... ¡Farsante!

FIACRO YRÁVZOX.

SUBASTA DE UN CESANTE

De seguro que ustedes ni me conocen,
ni es fácil que estos versos les alborocen:
porque soy un cesante de los más tristes,
sin maldita la gana de decir chistes,
y vate a quien suceden tantos reveses
que hasta mis nueve musas... son nueve ingleses.
Cuando uno está en mi caso, no hay más remedio
que buscar un recurso que mate el tedio:
por eso yo, señores, harto de prosa,
hoy me agarro a una lira vieja y mohosa,
y a fin de *tomar algo*, tomo... la senda
que conduce al Parnaso por la trastienda.
Para mí son los versos renglones cortos:
si no resultan partos, salen abortos,
y de idea en idea camino errante
sometido a la fuerza del consonante.
¡Llamarle al hacer versos arte divino!
¡Eso es a todas luces un desatino!
que el poeta es un simple picapedrero,
y tanto da ser vate... como cantero,
pues los versos se escriben muy fácilmente,
tomando las medidas exactamente
y procurando hacerlos de la manera
como hacen los peones la carretera:
abierta ya la zanja, que eso es sencillo,
se le echan las palabras como el morrillo,
procurando ante todo cerrar la brecha
y poner consonantes a la derecha.
Aunque el método es malo por mil razones,
como soy un poeta sin pretensiones,
me sirve de consuelo... ¡que en el Parnaso
hay muchos que se encuentran en igual caso!
Mis versos son atrocés, yo lo confieso:
pero ¿quién tiene toda la culpa de eso?
¡El gobierno, que él gusto malo ha tenido
de dejarme cesante... porque ha querido!
Y al contemplar mi estado desesperado,
a las musas mis ocios he dedicado:
¡que en estas circunstancias un caballero,
ó se mete a poeta... ó a bandolero!
Rodeado de tantas calamidades,
voy a decir a ustedes cuatro verdades:
Es preciso, ante todo, que se disponga
que en mi destino al punto se me reponga.
¡O me emplean ustedes sin más excusas,
ó me las pagan todas las nueve musas!
Vamos a ver, señores: ¿qué hace el gobierno?
¡En un país en donde nada es eterno
cesante así le dejan perpetuamente
a todo un ciudadano contribuyente?
Casi sé de seguro que él mismo Isasa
no sabe ni una jota de lo que pasa;
porque si él lo supiera... ¡comprendería
que exige una reforma mi cesantía!
Mas si tampoco Isasa, cuando lo huela,
ni acaso don Antonio, Fabié y Silvela
atienden a mis justas reclamaciones,
al público dirijo mis pretensiones:
Soy un gallego, alegre, muy campechano,
que no sé... ¡ni el gallego ni el castellano!
Un hombre, en fin, que a todo me he decidido
y un mes hace no jasto que aquí he venido
dispueto, con audacia, con tacto y arte,
a meterme de hocicos... en cualquier parte.
Todos los que desean darme un empleo,
dirijan a mi casa por el correo,
en estilo conciso, fino y galante,
un expresivo pliego de condiciones,
advirtiéndome que admito proposiciones
desde tres mil pesetas en adelante.
Al que remita un sello se le contesta;
los demás... que no esperen por la respuesta.
¡Venid, venid, postores, que aquí os espero!
Vivo *oír*, *Amnistía*, *cuarto tercero*.
¡Y al que me ponga en vías de hacerme rico,
cuando a ministro llegue... le gratifico!
He dicho, pues lo dicho creo que basta:

pero si mi reclamo no da pro-lucto...
le adjudico... ¡a las losas del inducto
el personaje abyecto de la subasta!

Por el original,
ENRIQUE LABARTA POSE.

GANGAS POSITIVAS

A LUIS TABOADA

No te quepa duda, mi querido Luis, de que también hay una
Providencia para nosotros los escritores, ó que los beneficios de
ella (que cuida de la vida del pajarillo y de que se mueva la hoja
en el árbol) nos alcanzan también a nosotros.

Los beneficios no son muchos, eso sí, ó por lo menos no se dis-
tribuyen con equidad, porque entre nosotros y *Pepe el Huevero*
hay unos cuantos brillantes y unas cuantas casas de diferencia;
pero... vamos, que no nos abandona.

Es cierto que se fundó una Sociedad de escritores y artistas,
que yo creía que tenía por objeto mejorar nuestra raza, y que,
como *Clarín* observa, resulta una compañía de bailés cooperati-
vos (*La Dalia Sentimental*); pero si esa Sociedad nos abandona ó
nos deja como estábamos (y aún hay que agradecerlo), la Provi-
dencia nos envía de cuando en cuando unos ángeles tutelares
que vienen a nosotros, nos dan trabajo y nos le pagan, y ellos
¡almas generosas! se contentan con una mísera comisión de cua-
trocientos ó quinientos por ciento. ¡Dios los bendiga!

Sí, querido Luis, hay sujetos que se levantan por la mañana y
a fin de no perder el día, como no lo perdía el emperador aquel
cuando hacía un beneficio, piensan en los infelices escritores es-
pañoles, pobres seres explotados, esclavos de la pluma, víctimas de
la avaricia editorial ó del merodeo periodístico, y se proponen
salvarnos, desinteresadamente, por entusiasmo hacia nosotros,
por amor a la virtud... y si eso produce de paso algunos cientos
de duros... ¡qué demonio! ¡a qué está uno!

Yo también he tropezado en mi camino, como tú, con uno de
esos seres protectores, que son menestrales averiados, ó nego-
ciantes proyectistas, genios que han venido al mundo para fun-
dar agencias de colocación de sirvientes, ó contratistas de nodri-
zas, ó promotores de expedientes...

Pues señor...

El otro día recibí una cartita en que uno de esos D. Juan de
Robles me decía:

«Señor Fulano: Hágame usted para pasado mañana sin falta
un artículo, que se publicará en varios periódicos de provin-
cias. Procure usted que sea lo más gracioso posible. A las doce
irá a recogerle y le llevaré a usted su importe, *que ya sé cuál es*.
Esta Agencia le encargará a usted más si usted se porta bien.»

Como comprenderás, solté la carcajada. «Hágame usted para
pasado mañana un artículo gracioso.»

Ya lo ves, encargan los artículos como si fueran pares de bo-
tas ó ternos de lanilla.

Estuve tentado por coger una cinta de esas que gastan los
sastres y las modistas, y echar a correr a casa de mi protector y
decir en la puerta:

«Diga usted que está aquí el chico que hace artículos gra-
ciosos y viene a tomar medida del que le han encargado en esta
Agencia.»

Y me decía, como dejo copiado, *que ya sabe el precio*. ¿Cómo lo
sabrás él, sin saberlo yo?

Puede que en la Agencia tengan tarifa ó precio, unidad de
medida ó peso para los artículos...

En fin, que no hice caso, ni me acordé de semejante cosa.

Pero, amigo mío, el sujeto protector que vela por mis intere-
ses y que se había propuesto protegerme a todo trance, como si
él fuera recaudador de arbitrios y yo contribuyente obligado, se
puso en busca mía el día marcado, y hasta que jadeante y lim-
piándose el sudor se halló frente a mí no paró.

— ¡Usted es... — preguntó.

— Sí, señor, yo soy... — contesté.

— Vengo de casa de usted y no le he encontrado allí.

— En efecto, no siempre estoy en mi casa.

— Pues yo soy...

— ¡Ah! sí. Mi protector. ¡Dios se lo premie a usted!

— Y venía... Habrá usted recibido una carta.

— Sí tal, una orden, un pedido, un encargo de un artículo...

gracioso.

— Pues... eso es.

— Pues... ¡no le he hecho!

— ¡Me ha fastidiado usted!... — dijo dando una patada en el
suelo.

Francamente, me asusté. Yo, que soy incapaz de causar per-
juicios a nadie, había fastidiado a aquel señor a quien no cono-
cía, siendo mi protector. Me creí por un momento digno de oprobio
y de castigo.

Me rehice pasado el primer momento, y ya metido en la senda
del crimen no retrocedí, antes bien seguí el camino diciendo:

— ¡Es más! Me propongo no escribirle.

— ¡Buena es esa! (*Con estridencia*). ¡Y por qué razón?

— Puesto que vengo obligado a dar razones, le diré a usted que
porque no quiero escribir artículos para agencias...

— Conque tras de que uno procura el bien de ustedes, tras de
qué les da a ganar dinero...

—¿Qué quiere usted! Yo soy así! ¡Ingratote por condición!
 —Tras de que uno trata de evitar que los periódicos de provincias, en vez de apropiarse gratis los artículos, los paguen...
 —Sí, se los paguen a usted, pero a mí no. Es una forma nueva de aprovecharse de lo mío.
 —Pero yo le pago a usted el artículo que me da.
 —¡Ah! Eso lo hacen todos los periódicos en que escribo.
 —Y hasta ahora es usted el primer escritor que se me resiste...

—No digo que no. Yo tengo peor condición que los demás.
 —A mi Agencia han dado artículos Cavia, y Palacio, y Taboada, y Urrecha, y Sánchez Pérez, y...

—Sí, vamos, sí, no se moleste usted más; todos menos yo. Esos queridos compañeros míos pueden no haberse fijado en el comercio que usted trae, y como tienen sobra de ingenio y facilidad extremada, y son capaces de producir al día media docena de trabajos excelentes, es natural que hagan el oficio de la abeja, es decir, fabricar la miel para que usted se la coma; pero yo soy otro, menos espléndido, ó menos propenso á mantener agencias... ¿Qué le vamos á hacer?

Y se marchó amostazado, diciendo que había tenido un desengaño, y quizás murmurando de mi soberbia, ó de mi avaricia, ó de mi poca educación... ¿Qué se yo? Habrá dicho pestes de mí. Pero fíjate bien, Luis, en el negocio, por si en vez de explotar tu ingenio te decides á explotar el de los demás.

Esos protectores nos toman un artículo, dando por él seis duros (hay quien ofrece quince pesetas, que es lo que vale un par de botas en *El Pobre Diabla*), y ese artículo le venden á veinte periódicos de provincias, á razón de cinco pesetas cada uno. De modo que sin más gastos que los de correos cobran veinte duros por lo que pagan seis, y si al cabo del mes colocan veinte artículos, se quedan con una ganancia de *doscientos ochenta duros*, ó sea *cinco mil realitos* limpios de polvo y paja, y además la parte de gloria eterna que les corresponda por haber ejercido en la tierra la virtud de proteger á los pobres escritores.

Francamente, Luis, me va cargando ya mucho eso de que yo no pueda ser otra cosa en el mundo sino materia explotable.

No tomo en mis manos un periódico de provincias sin tropezar con un artículo tuyo ó de otro compañero, que seguramente no habéis cobrado.

¿No te parece que es preferible tirar la pluma y meterse á matutero, ó á concejal, ó á abastecedor de casas de beneficencia, ó á contratista de algo?

Te digo que este oficio que traemos se me va haciendo pesado. Dios te dé tanta salud como te desea tu compañero

M. MATOSOS.

NOTA. Este artículo puede reproducirse todo el que quiera, sin más que decir que está tomado de MADRID COMICO y con permiso del autor.

APRENDED, FLORES...

Morracha de ilusión, loca de amores,
 en mis brazos cayó, desmelenada,
 la pasión flameando en la mirada
 y el placer en los labios tentadores.
 ¡Me entregaba su honor y su hermosura!
 —¡Pobre niña, pensé, que en su locura
 se rinde del amor á las cadenas
 y cambia años de penas
 por un instante breve de ventura! —
 Y domando mis nervios bruscamente,
 vencí la tentación... y fui decente.
 No hay tormento que iguale
 á tal combate desigual y loco,
 porque el fuego del alma, que no sale,
 devora las entrañas poco á poco...

.....
 ¡Esfuerzo de titán, no comprendido!
 Porque la niña, desde entonces, sacó
 decir á sus amigas al oído:
 —No le hagas caso, chica, ¡es un pelele!

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

Aquello del crimen de la calle de Fuencarral trajo consecuencias lastimosas.

Porque se han aficionado á las emociones fuertes los periódicos y el público, y andamos todos de cabeza.

Ahora escribe un hombre en letras gordas: *LA NIÑA MARTIN*, *sucesos de la vida*, y luego no sabe qué poner debajo. Los cocheros se empeñan en no decir nada, los porteros y las criadas callan como difuntos, las amas de cría no parecen, y todo se vuelve noticias y rectificaciones sin sustancia.

Reportar ha habido que, puesto en el aprieto, nos ha contado bajo aquel título espeluznante que á él no le queda tiempo para comer y que escribe unos apuntes en jeroglífico que ni Dios los entiende.

Y para ese viaje no necesitamos alforjas.

Habrán ustedes oído decir que el precio de la carne iba á bajar veinte céntimos en kilo.

¡Pues como si no hubieran ustedes oído nada!

Porque se ha reunido el apreciable y simpático gremio de carniceros y ha acordado por unanimidad que no; que puesto que lo tomamos así y vivimos tan guapamente, no hay motivo para que ellos dejen de ganar lo que ganan ahora.

En cambio el día que lean ustedes que se van á subir los precios, échense á temblar. ¡Esas noticias no se rectifican nunca!

Ha sido detenido un sujeto, zapatero de oficio, que intentó abrir los cepillos de la iglesia de Montserrat.

El infeliz debía de padecer una equivocación; él creía que esos delitos sólo se castigaban á instancia de parte, y pensaría de seguro:

—¡Las ánimas no han de venir á reclamarme el dimerol!

Pero ¡ay! vino el sacristán, que es su representante en la tierra!

Libros:

La empresa *El Fortenir Editorial* ha dado recientemente á la estampa dos libros: *Memorias de un ciego pobre*, por Constantino Miralta, que, como todos los del mismo autor, llamará la atención poderosamente, y *El hombre*, concienzudo estudio fisiológico de D. Francisco Salazar y Quintana. Cuesta el primero 2 pesetas, y el segundo 1,50.

Órdenes y burguesas, interesante folleto de actualidad en que el Sr. D. Policarpo Pastor expone sus ideas revelando un clarísimo criterio y un detenido estudio de la cuestión palpitante. Precio: una peseta.

Reservados del Monasterio de Fátima, por D. Arturo Daza de Campos, médico director que ha sido del establecimiento de aguas minero-medicinales de *La Peña* en la temporada de 1889.

Los boquerones, sainete lírico en un acto y dos cuadros, en verso, original de D. José Contreras, música de Valverde (hijo) y Viaña, estrenado con extraordinario aplauso en el Teatro de la Alhambra y muy elogiado por la prensa.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. C. R.—¿Por qué gasta usted el tiempo en hacer epigramas picarescos con ideas viejas? ¿No comprende usted que es una lástima?

Sr. D. C. G.—Madrid.—Sobre que el pensamiento es gastado y cursi, no están todos los versos bien medidos tampoco.

Sr. D. R. A. P.—Oviedo.—El periódico se titula MADRID COMICO, así, sin artículo, y no tiene plural en buena ley.

Sr. D. J. S.—Madrid.—Fíjese usted. A los versos

«De mi triste y agitada vida»

«Júrame al partir que consecuentes

les falta una sílaba á cada uno... Y el asunto es malo.

El Barón de la Lombarda.—No, pues como á Taboada no le coja la tercera pulmonía hasta que se publiquen esos cantares... ¡Taboada tenemos para rato!

Bolíngue.—Allá va eso:

«Una mañana de Marzo
 copiosamente nevaba
 y el café de Lavapiés
 de gente ya rebosaba,
 chulos y chulas lo eran
 cuantos en el café estaban...»

¡Si esto no se ha hecho para cantarlo en las plazuelas, al son del guitarrillo, que venga Perico el ciego y lo diga!

Jariego.—Del tratado de Metafísica no sé una palabra. El doctor *Thebussem* hizo una edición de sus cartas, pero no se vende. La regaló el autor enterita. Las seguidillas son muy flojas.

El número 63.—Pero más flojas son esos cantares todavía.

K. B. Sto.—No señor, no K. B. Porque es medianillo.

Sr. D. A. P.—Sevilla.—Un consejo desinteresado y leal. ¡No haga usted versos!

Caprichoso.—¡Dios mío! ¡Diez y nueve quintillas para venir á parar en eso!

Un señor que canta mucho.—Y que tanta mal, á juzgar por la maestra:

«Mi amigo Pepe Pita
 escribió una obra un día
 y la presentó á su tía
 para ver que la parecía...»

¡Vamos, hombre! ¡Es cosa de morir de alegría!

Un ríspido.—Ese soneto me sabe á cosa conocida. ¡Y usted perdón!

K. T. To.—Pierda usted cuidado, joven. Yo no fallo al respeto á quien me trata con la consideración debida.

Polilla.—¡Caramba! ¡Es que se ha dicho tantas veces eso!

Minanote.—También esos cantares tienen la vulgaridad por lema; y no están mal hechos, no señor.

Quis.—Descuida usted de forma lastimosamente. Anda el ritmo como Dios quiere.

Sr. D. F. P. C.—No vale la pena si están los versos bien medidos. Además tiene una filosofía de niño pequeño ¡que ya, ya!

Sr. D. L. G.—Cuenca.—Tiene de bueno facilidad, gracia y soltura en la versificación y de malo la vulgaridad del asunto. Es una lástima.

Sr. D. L. R.—Zaragoza.—Así como es lástima que resulte pesada la de usted. Pero ¿qué le vamos á hacer si resulta?

Ferre.—Sí, llegó, pero ¡ay! no era publicable. Repetimos el envío del número.

Pepe.—Dios le perdone á usted los pecados, como yo le perdono la *lira*.

Cualquier cosa.—*Críticos y típicos* no son consonantes, según el Korán, libro 2.^o, cap. XXI.

Lola.—¡Virgen María,
 qué ortografía!

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

LA LEYENDA DEL MONJE



Abre la ventana, Olvido, te daré por la ventana un caprichito de la Perfumería americana (1).

(1) Espoz y Mina, 26.

EN TOLEDO



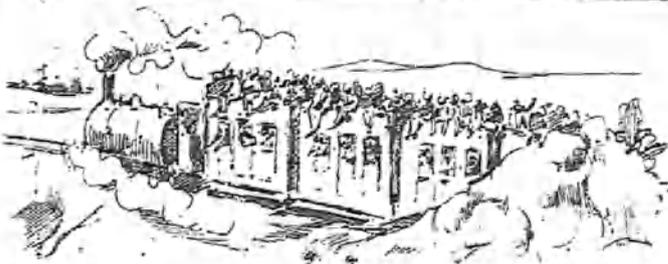
—He aprobado el examen de ingreso y no sé dónde hacerme el uniforme.

—¿Que no sabes eso? ¡Pues dí que no sabes nada entonces! La mejor sastrería de Toledo, para los uniformes, es la de Venancio Pérez, sucesor de Gascón.

—¡Ah! Pues voy a escape.

PERLA RÚSTICA DEL RETIRO RESTAURANT.

—Frente á la estatua de Espartaco. Gran Parque para comer al aire libre. Salón para banquetes y bodas. Gabinetes independientes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se reciben encargos para dentro y fuera del Establecimiento.



Así llegan á Madrid los trenes de viajeros, desde que se ha sabido en provincias que está en la calle del León, núm. 28, la sastrería de Jesús Castillo.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PREMIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

SASTRERÍA DE PESQUERA

(Magdalena, 20.)



—¿No quería usted saber los precios que tenemos, señor centisela? ¡Pues ya lo sabemos! De 6 á 13 pesetas.



—¿Cómo podrá resistir ese bastón semejante peso? ¡Porque es de Gras hijo, PRINCIPE, 23, y ALCALA, 40!



—¿Qué dan en el restaurant de Las Tullerías, Matute, 6, por un abono mensual de 50 pesetas?

—Pues... dan un almuerzo de dos platos, pan, vino y postre, y una comida de sopa, cocido, pan, vino y postre.

—Muy bien, sobresaliente.

ZAPATERÍA DE LLEDÓ

León, 24, y Paz, 19.



Me pegaba en las paredes por el dolor que tenía. ¡Fui á casa de VÍAS: un día (1)...



Tenía Lorenza un pie que daba mucha vergüenza, vino aquí, y ahí tiene usted el pie que tiene Lorenza.



y aquí me tienen ustedes saturado de alegría.

(1) Mayor, 73.



—¿Cuánto daría yo por volver á la infancia! No por nada, sino por comprarme aquí los juguetes...

EXPOSICIÓN DE VIENA



Equipos para novias; primera casa en su clase, la más barata y acreditada por sus ricas telas, bordados y encajes.

Camisas para caballero. Envíos á provincias.

Calle Mayor, 12.—CAMISERÍA

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTEKA, 8, MADRID